

lluvioso, y Mad. de Chateaubriand un poco indispueta, mirando á cada momento por el vidrio del fondo si no éramos perseguidos. Dormimos en Amiens, donde nació Du Cange, en seguida en Arras, patria de Robespierre, donde fui reconocido. Habiendo enviado á pedir caballos el 22 por la mañana, el maestro de postas dijo que estaban retenidos por un general, que llevaba á Lille la noticia de la *entrada triunfal del emperador y rey en París*. Mad. de Chateaubriand se moría de miedo, no por ella, sino por mí; pero corrí á la casa de postas, y con dinero vencí la dificultad.

Cuando llegamos á las murallas de Lille, el 23 á las dos de la mañana, encontramos las puertas cerradas, con órden de no abrirlas á nadie: no pudieron ó no quisieron decirnos si el rey había entrado en la ciudad. Por algunos luses comprometí al postillon á que nos condujese á Tournay, cuyo camino había hecho yo á pie y de noche en 1792, acompañado de mi hermano.

En Tournay supe que Luis XVIII había entrado ciertamente en Lille, con el mariscal Mortier, y que pensaba defenderse allí. Entonces despaché un correo á Mr. de Blacas, suplicándole me enviase un permiso para ser recibido en la plaza. El correo volvió con un permiso del comandante, pero sin una palabra de Mr. de Blacas. Dejando á Mad. de Chateaubriand en Tournay, subí en el carruaje para trasladarme á Lille, cuando llegó el príncipe de Condé. Por él supimos que el rey había marchado, y que el mariscal Mortier le hacía escoltar hasta la frontera. Según estas explicaciones, quedaba probado que Luis XVIII no estaba ya en Lille cuando llegó mi carta.

El duque de Orleans siguió de cerca al príncipe de Condé: la ambigüedad de su declaración y de su conducta llevaba el sello de su carácter. En cuanto al viejo príncipe de Condé, la emigración era su dios Lar; él no tenía miedo de Mr. de Bonaparte, y se batía si querían, ó se marchaba si lo deseaban: las cosas estaban un poco revueltas en su cerebro, y no sabía á punto fijo si se detendría en Rocroy para dar allí batalla, ó si iría á comer al Gran-Cer. Algunas horas antes que nosotros se puso en marcha, encargándome recomendase el café de la posada á las personas de su servidumbre que había dejado atrás. Ignoraba que yo había hecho dimisión cuando la muerte de su nieto; no estaba muy seguro de haber tenido un nieto, y solo sentía en su nombre cierto acrecentamiento de gloria que podía muy bien pertenecer á algun Condé de quien ya no se acordaba.

¿Recordais mi primer paso por Tournay con mi hermano, cuando mi primera emigración? ¿Recordais, á este propósito, el hombre metamorfoseado en asno, de la joven de cuyas orejas salían espigas de trigo y de la lluvia de cuervos que todo lo incendiaba? En 1815 también éramos nosotros un diluvio de cuervos, pero no poníamos fuego en parte alguna ¡Ay! ya no estaba yo con mi feliz hermano. Entre 1792 y 1815 habían pasado la república y el imperio; ¡cuántas revoluciones se habían realizado también en mi vida! Vosotras, jóvenes generaciones del momento, dejad correr veinte y tres años, y direis á mi tumba dónde están vuestros amores y vuestras ilusiones de hoy.

De Tournay fuimos á Bruselas, donde no encontré ni al baron de Breteuil, ni á Rivarol, ni á aquellos jóvenes ayudantes de campo, ya muertos ó viejos, lo cual es la misma cosa. Ninguna noticia del barbero que me había dado asilo. Yo no tomé el mosquete, sino la pluma; pues de soldado me había convertido en embadurnador de papel. Luis XVIII estaba en Gante, adonde le habían conducido Mr. de Blacas y Mr. de Duras, con la intención primera de embarcarlo para Inglaterra. Si el rey hubiese consentido en este proyecto, jamás hubiera vuelto á subir sobre el trono.

Habiendo entrado en una posada para examinar un aposento, vi al duque de Richelieu fumando y medio acostado en un sofá en el fondo de una sala oscura. Me habló de los príncipes de la manera mas brutal, declarándome que se iba á Rusia, y que no quería volver á oír hablar de estas gentes. La señora duquesa de Duras tuvo el dolor de perder á su sobrina en Bruselas.

La capital del Brabante me causa horror, pues jamás me ha servido sino de paso á mis destierros: siempre ha producido desgracias á mí ó á mis amigos.

Una órden del rey me llamó á Gante. Los voluntarios realistas y el pequeño ejército del duque de Berry habían sido licenciados en Bethune en medio del lodo y de los accidentes de un desbande militar, permaneciendo solo doscientos hombres en la casa del rey, que fueron acantonados en Alcast: mis dos sobrinos, Luis y Cristian de Chateaubriand, formaban parte de este cuerpo.

LOS CIEN-DÍAS EN GANTE.—EL REY Y SU CONSEJO.—SOY MINISTRO INTERINO DE LO INTERIOR.—MR. DE LALLY-TOLENDAL.—LA DUQUESA DE DURAS.—EL MARISCAL VICTOR.—EL ABATE LOUIS Y EL CONDE BEUGNOT.—EL ABATE DE MONTESQUIOU.—COMIDAS DE MARISCOS.—CONVIDADOS.

Habíanme dado un billete de alojamiento, del cual no me aproveché: una baronesa, cuyo nombre he olvidado, vino á ver á Mad. de Chateaubriand á la posada, y nos ofreció un aposento en su casa: «No hagais ningun caso, nos decía, de lo que os contará mi marido, pues tiene la cabeza... ¿Comprendéis? mi hija también es algun tanto extraordinaria, pues tiene momentos terribles; ¡pobre niña! pero por lo demás, es dulce como un cordero. ¡Ay! no es ella la que me causa mas penas: es mi hijo Luis, á quien si Dios no toca con su mano, será peor que su padre.» Mad. de Chateaubriand rehusó urbanamente ir á vivir en casa de personas tan razonables.

El rey formó su consejo: el imperio de este gran monarca consistía en una casa del reino de los Países-Bajos, la cual estaba situada en una ciudad que, aunque ciudad natal de Carlos V, había sido la capital da una prefectura de Napoleon: estos dos nombres tienen entre sí un gran número de acontecimientos y de siglos.

Estando en Londres el abate de Montesquiou, Luis XVIII me nombró ministro de lo Interior interino. Mi correspondencia con los departamentos no me daba gran trabajo, pues llevaba fácilmente al día mi correspondencia con los prefectos, subprefectos, corregidores y adjuntos de nuestras buenas ciudades, en la parte interior de nuestras fronteras; yo no hacía componer los caminos, y dejaba desplomarse los campanarios; mi presupuesto no me enriquecía, ni tenía fondos secretos, y continuaba siendo siempre ministro plenipotenciario de S. M. cerca del rey de Suecia, que, como su compatriota Enrique IV, reinaba por derecho de conquista, si no por el de nacimiento. Alrededor de una mesa de tapete verde discurremos en el gabinete del rey. Mr. de Lally-Tolendal, que, según creo, era ministro de Instrucción pública, pronunciaba discursos mas amplios y pomposos aun que su persona, citando á sus ilustres abuelos los reveses de Irlanda, y mezclando el proceso de su padre en el de Carlos I y Luis XVI. Por la noche descansaba de las lágrimas, sudores y palabras que había vertido en el consejo con una dama venida de París por entusiasmo á su genio.

La duquesa de Duras había ido á reunirse con su esposo entre los desterrados. Ya no quiero hablar mal de la desgracia, pues he pasado tres años al lado de esta mujer excelente, hablando de todo lo que las inteligencias y los corazones rectos pueden encontrar

en una conformidad de gustos, de ideas, de principios y de sentimientos. La duquesa de Duras era ambiciosa por mí, pues fue la primera que conoció lo que yo podía valer en política, y sentía en el alma las causas que me alejaban de los consejos del rey; pero mas sentía aun los obstáculos que mi carácter oponía á mi fortuna, y me reñía y quería corregirme de mi franqueza y candidez, y hacerme tomar hábitos de cortesania que ella misma no podía sufrir. Quizá nada conduce mas al reconocimiento que el sentirse bajo el patronato de una amistad superior que, en virtud de su ascendiente sobre la sociedad, hace pasar vuestros defectos por cualidades y vuestras imperfecciones por encantos. Un hombre os protege por lo que él vale; una mujer por lo que vos valeis, y hé aquí por qué de estos dos imperios el uno es tan odioso y el otro tan dulce.

Desde que perdí esta persona tan generosa, de alma tan noble, que reunía algo de la fuerza del pensamiento de Mad. de Stael á la gracia del talento de Mad. Lafayette, no he dejado de echarme en cara las faltas con que algunas veces he podido alligir á corazonces que me eran adictos. Cuando nuestros amigos han bajado al sepulcro, ¿qué medio tenemos para reparar nuestras faltas? Nuestras inútiles penas y arrepentimientos, ¿son un remedio á los disgustos que les hemos causado? Mejor hubieran querido ellos una sonrisa nuestra durante su vida, que todas nuestras lágrimas despues de su muerte.

La encantadora Clara (la señora duquesa de Rauxan) estaba en Gante con su madre, y entre los dos hacíamos malas coplas sobre un aire de la Tirola. Yo he tenido sobre mis rodillas muchas niñas hermosas que hoy son abuelas de jóvenes. Cuando os alejais de una mujer, casada en presencia vuestra á los diez y seis años, y volveis otros diez y seis despues, la encontráis de la misma edad: «¡Ah, señora; no ha pasado un día por vos!» Sin duda; pero esto lo decís á su hija; á su hija, á quien también vereis conducir al altar. Pero vos, triste festigo de los dos himeneos, guardais esos diez y seis años: regalo de boda que apresurará vuestro propio matrimonio con una dama blanca, un poco flaca.

También estaba en Gante el mariscal Victor, viviendo con una sencillez admirable, sin pedir nada y sin importunar una vez al rey, á quien apenas veía: no sé si alguna vez se le hizo el honor de invitarlo á comer con S. M. En lo sucesivo he vuelto á encontrar al mariscal Victor; fui colega suyo en el ministerio, y siempre he visto en él la misma excelente naturaleza.

Mr. de Vaublanc y Mr. Capelle nos alcanzaron despues. El primero decía tener de todo en su cartera.—«¿Queréis de Montesquiou? Aquí hay. ¿De Bossuet? Aquí tengo.» A medida que los acontecimientos parecían ir cambiando de faz, nos llegaban nuevos viajeros.

El abate Louis y el conde Beugnot se aparearon en la posada en que yo estaba alojado. Mad. de Chateaubriand estaba enferma, y yo la velaba, y los dos recién venidos se instalaron en una habitación, separada únicamente de la de mi mujer por un miserable tabique que hacía imposible no oír, á menos de taparse los oídos. Entre once y doce de la noche comenzaron á hablar los vecinos, y el abate Louis decía á Mr. Beugnot:—«¿Tú, ministro? ¿Ya no lo serás, pues solo has hecho necedades!» No entendí claramente la respuesta del conde Beugnot, pero habló de treinta y tres millones dejados en el tesoro real. Al parecer, el abate dejó caer de cólera una silla, y á pesar del ruido, agarré estas palabras:—«¿El duque de Angulema? Es preciso que compre bienes nacionales en las puertas de París. Yo vendería el resto de los bosques del Estado, cortaría todos los olmos de los caminos, el bosque de Boulogne, los Campos Eliseos;

¿para qué sirve eso?» La brutalidad constituía el primer mérito de Mr. Louis, y su talento era un amor estúpido á los intereses materiales. En la gerga del tiempo llamaban á Mr. Louis un hombre *especial*; pero su especialidad financiera lo había conducido á sepultar el dinero de los contribuyentes en el tesoro, para que Bonaparte lo tomase.

El abate Louis había ido á Gante á reclamar su ministerio, y estaba en muy buenas relaciones con Mr. de Talleyrand, con el cual había oficiado solemnemente en la primera federación del campo de Marte: el obispo hacia de sacerdote, el abate Louis de diácono y el de Ernaud de subdiácono. Recordando Mr. de Talleyrand esta admirable profanación, decía al baron Louis:—«¡Abate, muy hermoso estabas de diácono en el campo de Marte!»

El rey *cristianísimo* se había puesto al abrigo de todo cargo de gazmoñería, pues poseía en su consejo á un obispo casado, Mr. de Talleyrand; un sacerdote concubinario, Mr. Louis, y un abate poco practicante Mr. de Montesquiou.

Este último, hombre ardiente como un ético, y de cierta facilidad de palabras, tenía la inteligencia estrecha y denigrante, el corazón rencoroso, el carácter áspero. Un día que yo había perorado en el Luxemburgo por la libertad de la prensa, pasando por delante de mí el descendiente de Clovis, me dió un gran golpe con su rodilla en una pierna, lo cual no era de buen gusto: yo se lo devolví, aunque esto no era urbano. El abate de Montesquiou llamaba festivamente á Mr. de Lally-Tolendal:—«Un animal á la inglesa.»

En el río de Gante se pesca un marisco muy delicado, que íbamos á comer *tutti quanti* en un bodegon esperando las batallas y el fin de los imperios. Mr. Laborie no faltaba nunca á la cita: por la vez primera lo había visto en Savigny, cuando huyendo de Bonaparte, entró por una ventana en casa de Mad. de Beaumont, y se salvó por otra. Incansable en el trabajo, amante de hacer servicios como otros gustan recibirlos, Mr. Laborie ha sido calumniado: la calumnia no es la acusación del calumniado, sino la excusa del calumniador. Yo he visto cansarse de las promesas de que era rico Mr. Laborie; pero ¿por qué? Las quimeras son como el tormento, mas siempre se pasa en ellas una hora ó dos. Muchas veces he llevado yo en la mano, con una brida de oro, antiguas rosas de recuerdos que no podían tenerse en pié, y que sin embargo tomaba por jóvenes y alegres esperanzas.

También vi en las comidas del marisco blanco á Mr. Mounier, hombre de razon y de probidad. Monsieur Guizot se dignaba honrarnos con su presencia.

CONTINUACION DE LOS CIEN-DÍAS EN GANTE.—MONITOR DE GANTE.—MI DICTAMEN AL REY.—EFECTO DE ESTE DICTAMEN EN PARÍS.—FALSIFICACION.

Habíase establecido en Gante un *Moniteur*, y mi dictamen de 12 de mayo, insertado en este diario, prueba que mis sentimientos sobre la libertad de la prensa y sobre la dominación extranjera han sido en todos tiempos los mismos. Hoy puedo citar estos párrafos, que no desmienten mi vida:

«Señor: os aprestábais á coronar las instituciones cuya base habíais puesto... Habíais determinado una época para el principio de la cámara Hereditaria; el ministerio hubiera adquirido mas unidad; los ministros habrían sido miembros de las dos cámaras, según el espíritu mismo de la Carta, y se habría propuesto una ley á fin de que pudiesen elegirse miembros de la cámara de los Diputados antes de los cuarenta años, y que los ciudadanos tuviesen una verdadera carrera política; y por último, iba á tratarse de la adopción

de un código penal para los delitos de la prensa; adoptado el cual, esta habría sido enteramente libre, porque esta libertad es inseparable de todo gobierno representativo.

«Y esta es la ocasión, señor, de hacer de ello la protesta solemne; todos los ministros, todos los miembros de vuestro consejo son inviolablemente adictos á los principios de una prudente libertad. Séanos permitido, señor, deciroslo: nosotros estamos dispuestos á derramar por vos la última gota de nuestra sangre; á seguimos hasta el fin de la tierra; á partir con vos las tribulaciones que el Todo-poderoso tenga á bien enviaros, porque creemos ante Dios que mantendréis la constitución que habeis dado á vuestro pueblo, y que el deseo mas sincero de vuestra alma regia en la libertad de los franceses. A ser de otra manera, señor, siempre habríamos muerto á vuestros piés por la defensa de vuestra sagrada persona, pero ya no habríamos sido mas que soldados, habiendo dejado de ser vuestros consejeros y vuestros ministros.

«Señor: en este momento participamos de vuestra regia tristeza, y no hay uno solo de vuestros consejeros y ministros que no diese su vida por prevenir la invasión de la Francia. ¡Sois francés, señor, y somos franceses! Sensibles al honor de nuestra patria, orgullosos de la gloria de nuestras armas, admiradores del valor de nuestros soldados, queríamos, en medio de sus batallones, verter hasta la última gota de nuestra sangre, para llevarlos á la senda de su deber ó para compartir con ellos triunfos legítimos. Con el mas profundo dolor vemos los males dispuestos á caer sobre nuestro país.»

De esta manera proponia yo dar á la Carta lo que todavía le faltaba, y demostraba mi dolor por la nueva invasión que amenazaba á la Francia; y sin embargo, yo no era mas que un desterrado cuyos votos estaban en contradicción con los hechos que me podían abrir de nuevo las puertas de mi patria. Estas páginas eran escritas en los Estados de los soberanos aliados, entre reyes y emigrados que detestaban la libertad de la prensa, en medio de ejércitos marchando á la conquista, y de los cuales éramos, por decirlo así, prisioneros; estas circunstancias añadían tal vez, alguna fuerza á los sentimientos que osaba manifestar.

Mi dictámen tuvo mucho eco en París, donde fue reimpresso por Mr. Le Normant, hijo que jugó su vida en esta ocasión, y por el cual hice todos los esfuerzos del mundo por obtenerle un título estéril de impresor de S. M. Bonaparte obró ó dejó obrar de una manera poco digna de él; con motivo de la aparición de mi dictámen, se hizo lo que el Directorio había hecho con las *Memorias de Clery*, falsificando trozos notables; ya aparecía como proponiendo á Luis XVIII las mayores estupideces para el restablecimiento de los derechos feudales, el diezmo del clero y de los bienes nacionales, como si la impresion de la pieza original en el *Monitor de Gante* no confundiese la impostura; pero se necesitaba una mentira de una hora. El encargado era un militar de grado bastante superior, que fue destituido despues de los Cien-Dias, motivándose su destitucion por la conducta que había observado con respecto á mí: entonces me envió sus amigos, y me suplicaron me interpusiera, á fin de que un hombre de mérito no perdiese sus únicos medios de existencia. Escribí al ministro de la Guerra, y obtuve una pension de retiro para aquel oficial que ya ha muerto, quedando su esposa adicta á Mad. de Chateaubriand, con un agradecimiento al cual estaba muy lejos de tener derecho.

No sé por qué diría Bonaparte en Santa Elena que

yo le había prestado en Gante servicios esenciales; si él juzgaba demasiado favorablemente mi papel, al menos había en su sentimiento una apreciación de mi valor político.

EL BEATERIO.—GRAN COMIDA.—VIAJE DE MAD. DE CHATEAUBRIAND Á OSTENDE.—ANGERS.—UN TARTAMUDO.—MUERTE DE UNA JÓVEN INGLESA.

En Gante me retiraba cuanto podia de esas intrigas antipáticas á mi carácter y miserables á mis ojos porque en el fondo de nuestra mezquina catástrofe veía yo la catástrofe de la sociedad. Mi refugio contra los ociosos era la *cerca del beaterio*; yo recorría este pequeño universo de mujeres, veladas y consagradas á diversas obras cristianas; region tranquila, colocada como las sirtes africanas á la orilla de las tempestades. Allí no chocaba ningun disparate con mis ideas, porque es tan elevado el sentimiento religioso, que jamás es extraño á las mas graves revoluciones: los solitarios de la Tebaida y los bárbaros, destructores del mundo romano, no son hechos discordantes y existencias que se excluyen.

Yo era recibido amablemente en el beaterio, como el autor de *El Genio del Cristianismo*: por todas partes por donde voy se me acercan los curas, y luego las madres que me llevan sus hijos, y estos que me recitan mi capitulo sobre la *primera comunión*. Mi paso por una ciudad católica es anunciado como el de un misionero ó el de un médico, y me conmueve esta doble reputación, que es el único recuerdo agradable que de mí conservo; todo el resto de mi persona y de mi fama me disgusta. También era invitado muchas veces á los festines de la familia de los Sres. de Ops, padre y madre venerables, rodeados de unos treinta hijos, nietos y biznietos. Una fiesta que me vi obligado á aceptar en casa de Mr. Coppens se prolongó desde la una de la tarde hasta las ocho de la noche; conté nueve platos, y se comenzó por las confituras y se concluyó por chuletes. Los franceses solos saben comer con método, como ellos solos saben componer un libro.

Mi *ministerio* me retenia en Gante, y menos ocupada que yo Mad. de Chateaubriand, fué á ver Ostende, donde yo me embarqué para Jersey en 1792. Desterrado y moribundo, había bajado estos mismos canales, por cuyas orillas me paseaba ahora también desterrado, pero en perfecta salud. Las miserias y las alegrías de mi primera emigración revivían en mi pensamiento, y veía de nuevo la Inglaterra, mis compañeros de infortunio, y aquella Carlota que aun vería otra vez. Nadie se crea como yo una sociedad real evocando sombras, hasta el punto de que la vida de mis recuerdos absorbe el sentimiento de mi vida real. Hasta personas de quienes jamás me he ocupado, invaden mi memoria, si mueren, como si no pudiese ser compañero mio el que no ha atravesado la tumba, lo cual me lleva á creer que soy un muerto. Donde los otros encuentran una eterna separación, yo encuentro una reunion eterna, y cuando muere uno de mis amigos, es como si se viniese á vivir á mi hogar. A medida que el mundo presente se retira, vuelve á mí el mundo pasado; y si las generaciones actuales desdennan á las ya envejecidas, pierden, en cuanto á mí, los gastos de su desprecio, porque yo ni siquiera me apercibo de su existencia.

Despues de su viaje á Ostende, hizo Mad. de Chateaubriand una correría á Angers, donde vió, en un cementerio, unas almas del purgatorio, de yeso, todas tiznadas de negro y colorado. En Louvain me reclutó un tartamudo, sabio profesor que vino expresamente á Gante para contemplar un hombre tan extraordinario como el marido de mi mujer. Cuando el helenista hubo bebido curazao, se desató su lengua, y nos pusimos á charlar sobre los méritos de

Thucydides, á quien el vino nos hacia ver claro como el agua. A fuerza de hacer frente á mi huésped, creo que concluí por hablar holandés; al menos yo no me comprendía ya.

Mad. de Chateaubriand pasó una noche muy triste en la posada de Angers: una jóven inglesa, recién parida, estaba espirando; haciendo oír sus clamores por espacio de dos horas; despues se debilitó su voz, y un último gemido, que apenas percibió un oído extraño, se perdió en un eterno silencio. Los gritos de esta viajera, solitaria y abandonada, parecían preludiar las mil voces de la muerte, dispuestas á alzarse en Waterloo.

MOVIMIENTO DESACOSTUMBRADO EN GANTE.—EL DUQUE DE WELLINGTON.—MONSIEUR.—LUIS XVIII.

La soledad ordinaria de Gante se había hecho mas sensible por la multitud extranjera que la animaba entonces. Reclutas belgas é ingleses aprendían el ejercicio en las plazas y bajo los árboles de los paseos; artilleros, proveedores, dragones trasladaban á tierra trenes de artillería, rebaños de bueyes y caballos, que se agitaban en el aire al bajarlos suspendidos de las gavias; las vivanderas desembarcaban con las mochilas, los hijos y los fusiles de sus maridos, y todos acudían, sin saber por qué y sin tener interés en ello, á la gran cita de destrucción que les había dado Bonaparte. Veíanse políticos gesticulando á lo largo de un canal, al lado de un pescador inmóvil, y á los emigrados trotando de casa del rey á casa de Monsieur, y de casa de Monsieur á casa del rey. El canceller de Francia, Mr. de Ambray, con su casaca verde, su sombrero redondo, y una antigua novela bajo el brazo, se trasladaba al consejo para emendar la carta, y el duque de Levis iba á la corte con unos zapatos rotos, de los que se le salían los piés, porque, valiente y nuevo Aquiles, había sido herido en un talón.

De cuando en cuando iba el duque de Wellington á pasar revistas. Luis XVIII salía despues de comer en una carroza de seis caballos con su primer gentil-hombre de cámara y sus guardias para dar la vuelta á Gante, todo como si estuviese en París; y si encontraba en el camino al duque de Wellington, le hacia al pasar una ligera seña de protección.

Luis XVIII no perdió jamás el recuerdo de la preeminencia de su cuna; era rey en todas partes, como Dios es Dios, lo mismo en un establo que en un templo, lo mismo en un altar de oro que en uno de barro. Jamás le arrancó la mas pequeña concesión su infortunio; su altivez crecía en razon de su abatimiento; su diadema era su nombre, y tenia el aspecto de decir: — «Matadme, que no matareis los siglos escritos en mi frente.» Si habían raspado sus armas en el Louvre, poco le importaba; ¿no estaban acaso grabadas sobre el globo? Habíanse enviado agentes para raerlas en todos los rincones del universo. ¿Las habían borrado en las Indias, en Pondichery; en América, en Lima y en Méjico; en el Oriente, en Antioquia, en Jerusalem, en San Juan de Acre, en el Cairo, en Constantinopla, en Rodas, en Morea; en Occidente, sobre las murallas de Roma, en los techos de Caserta y del Escorial, en las bóvedas de las salas de Ratisbona y de Westminster, en el blason de todos los reyes? ¿Las habían arrancado á la brújula, donde parecen anunciar el reinado de las lises en las diversas regiones de la tierra?

La idea fija de la grandeza, de la antigüedad, de la dignidad y magestad de su raza, daba á Luis XVIII un verdadero imperio. Los mismos generales de Bonaparte confesaban y sentían su dominación, y estaban mas intimidados ante este anciano impotente que ante el señor terrible que los había mandado en cien batallas. En París, cuando Luis XVIII concedía

á los monarcas triunfantes el honor de comer á su mesa, pasaba sin cumplimiento el primero ante estos principes, cuyos soldados acampaban en el patio del Louvre: tratábalos como á vasallos que no habían hecho mas que cumplir con un deber conduciendo hombres de armas á su señor soberano. En Europa no hay mas que una monarquía, y es la de Francia; el destino de las otras monarquías está ligado á la suerte de esta. Todas las razas regias son de ayer al lado de la raza de Hugo Capeto, y casi todas ellas son sus hijas. Nuestro antiguo poder real era la antigua monarquía del mundo, y desde el destierro de los Capetos datará la época de la expulsión de los reyes.

Mientras mas impolitica era esta soberbia del descendiente de San Luis (luego ha sido funesta á sus herederos), mas agradaba al orgullo nacional: los franceses gozaban de ver á soberanos que, vencidos, habían llevado las cadenas de un hombre, llevar, vencedores, el yugo de una raza.

La fe incommovible de Luis XVIII en su sangre es el poder real que le devolvió el cetro, y esta fe fue la que, por dos veces, hizo caer sobre su cabeza una corona por la cual no pretendía la Europa agotar sus poblaciones y sus tesoros. El desterrado sin tropas se encontraba en todas las batallas que no había dado; Luis XVIII era la legitimidad incarnada, que ha dejado de ser visible cuando ha desaparecido.

RECUERDOS DE LA HISTORIA DE GANTE.—LA DUQUESA DE ANGLEMA LLEGA Á GANTE.—MAD. DE SEZE.—LA DUQUESA DE LEVIS.

En Gante, como en todos los lugares, daba yo mis paseos aparte. Las barcas que se deslizaban sobre estrechos canales, obligadas á atravesar diez ó doce leguas de pradera para llegar á la mar, parecían bogar sobre la yerba, y me recordaban las canoas salvajes de los pantanos del Misuri. Detenido á orillas del agua, mis ojos andaban errantes sobre los campanarios de la ciudad, y la historia se me aparecía sobre las nubes del cielo.

Los ganteses se rebelan contra Enrique de Chatillon, gobernador por la Francia: la mujer de Eduardo III da al mundo Juan de Gante, vástago de la casa de Lancastré, reino popular de Artevelle. — «Buenas gentes, ¿qué os conmueve? ¿Por qué estáis tan turbados por mí? ¿En qué puedo yo haber excitado vuestra cólera? — ¡Es preciso que murais!» exclamaba el pueblo: esto es lo que el tiempo nos grita á todos. Mas tarde veía á los duques de Borgoña y á los españoles que llegaban: despues la pacificación, los asedios y las conquistas de Gante.

Cuando había soñado así con los siglos, me despertaba el sonido de un clarín ó de una gaita escocesa, y veía soldados vivos acudiendo para alcanzar los batallones sepultados de la Batavia: siempre destrucciones, poderes abatidos, y al fin de esta cuenta algunas sombras desvanecidas y nombres pasados.

La Flandes marítima fue uno de los primeros acantonamientos de los compañeros de Clodio y de Clovis. Gante, Bruges y sus campiñas suministraban cerca de una décima parte de los granaderos de la antigua guardia; esta milicia terrible fue sacada en parte de la cuna de nuestros padres, y ha venido á hacerse exterminar al lado de la nuestra. ¿Ha dado la Lis su flor á las armas de nuestros reyes?

Las costumbres españolas imprimen su carácter: los edificios de Gante me recordaban los de Granada, menos el cielo de la vega. Una gran ciudad casi sin habitantes, calles desiertas, canales tan desiertos como estas calles... veinte y seis islas formadas por estos canales, que no eran los de Venecia, una enorme pieza de artillería de la edad media: hé aquí lo

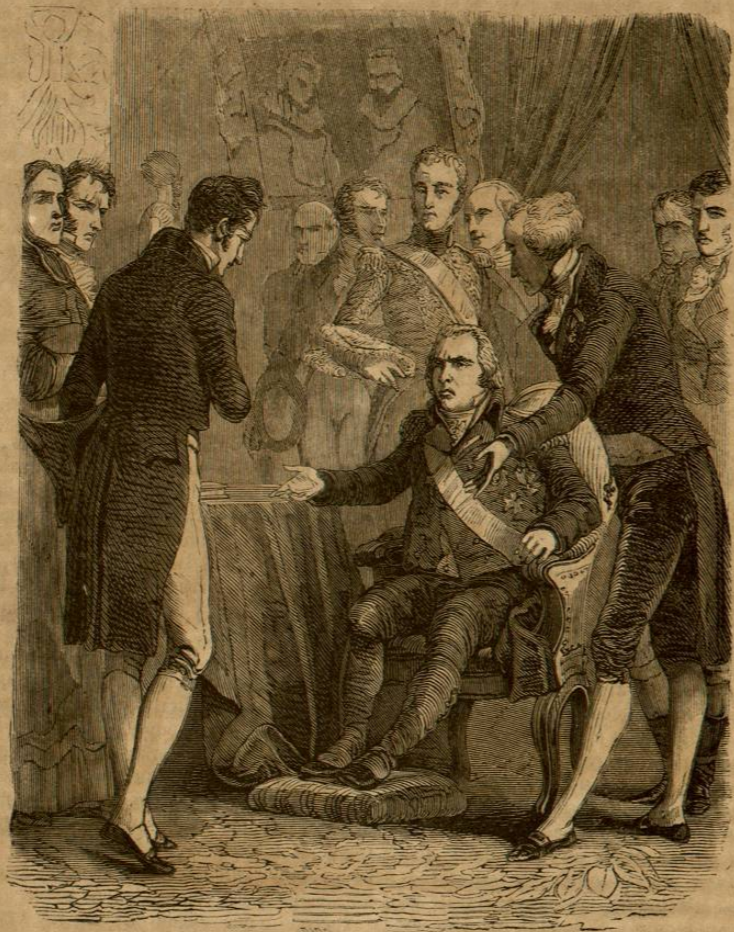
que reemplazaba en Gante á la ciudad de los Zegries, el Darro y el Genil, el Generalife y la Alhambra, antiguos sueños míos, ¿os volveré á ver jamás?

La duquesa de Angulema, embarcada en el Gironda, llegó por la vía de Inglaterra con el general Donnadieu y Mr. de Seze, que había atravesado el Océano con su cordon azul por encima de la casaca. El duque y la duquesa de Levis vinieron en la comitiva de la princesa despues de haberse metido en una diligencia y salvado de París por el camino de Burdeos. Los viajeros, sus compañeros, hablaban de política.—«Ese malvado de Chateaubriand, decía uno de ellos, no es tan torpe, pues hacia tres días que

estaba su coche preparado en el patio. ¡No hubiera sido malo que Napoleon le hubiese atrapado!»

La duquesa de Levis era una persona muy bella, muy buena y tan tranquila como la duquesa de Durasagitada; no abandonaba á Mad. de Chateaubriand, y en Gante fue nuestra compañera asidua. Nadie ha derramado en mi vida mas quietud, y los momentos menos perturbados de mi existencia son los que pasé en Noisiel en casa de esta mujer, cuyas palabras y sentimientos no entraban en el alma sino para dejar en ella la serenidad.

El recuerdo de Mad. de Levis es para mí el de una silenciosa noche de otoño. Pasó en pocas horas,



CHATEAUBRIAND EN PRESENCIA DE LUIS XVIII.

y se mezcló á la muerte como á la fuente de todo reposo. Yo la vi bajar sin ruido á su tumba, en el cementerio del Padre-Lachaise, tumba colocada cerca de la de Mr. de Fontanes, que duerme al lado de su hijo Saint-Marcellin, muerto en desafío. Así fue como, al inclinarme ante el monumento de Mad. de Levis, vine á tropezar con otros dos sepulcros: el hombre no puede despertar un recuerdo sin despertar otros al mismo tiempo: las flores, que solo se abren á la sombra, se dilatan durante la noche.

La afectuosa bondad de Mad. de Levis hacía mí bía unida á la amistad del señor duque de Levis, pa-

dre: yo no debo contar ya sino por generaciones. Mr. de Levis escribía bien, y tenía la imaginación variada y fecunda, que denunciaba su noble raza. No debía terminar todo aquí, pues era esto el movimiento de una amistad que pasaba á la segunda generación. El señor duque de Levis, hijo, agregado hoy á la servidumbre del señor conde de Chambord, se ha acercado á mí, y mi afecto hereditario no le faltará, como tampoco mi fidelidad á su augusto señor. La nueva y encantadora duquesa de Levis, su esposa, reúne al gran nombre de Aubusson las mas brillantes cualidades de corazón y de ingenio.

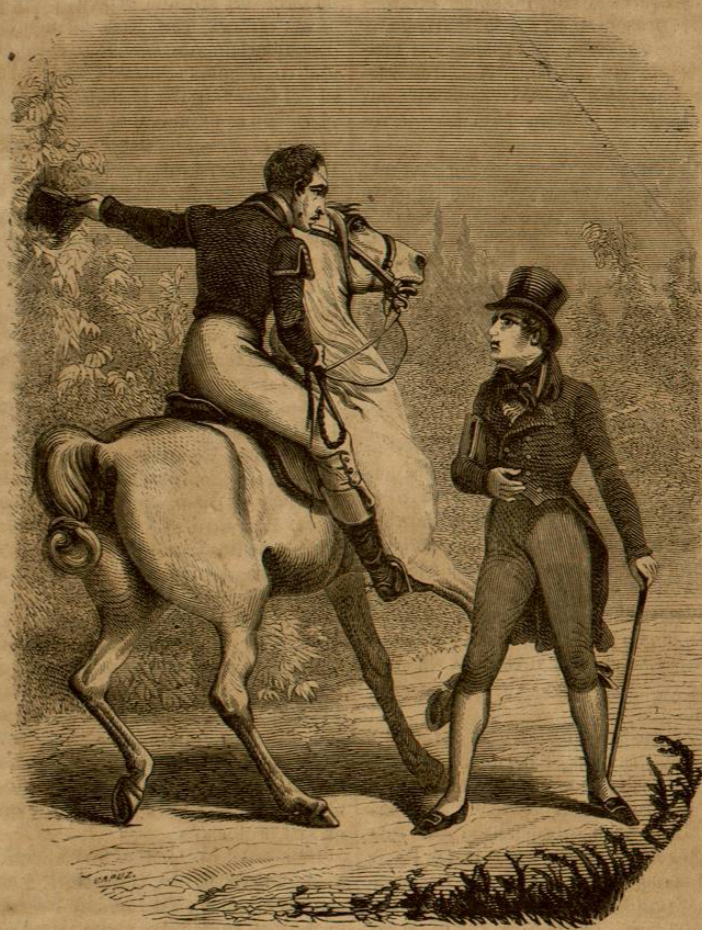
EL PABELLON MARSAN EN GANTE.—MONSIEUR GAILLARD.
—VISITA SECRETA DE LA BARONESA DE VITROLLES.
—BILLETE DE MONSIEUR.—FOUCHÉ.

En Gante, como en París, existía el pabellon Marsan. Cada día llegaban á Monsieur noticias de Francia que engendraban el interés y la imaginación.

Mr. Gaillard, antiguo orador, consejero en el tribunal real, amigo íntimo de Fouché, se hizo recono-

cer, y fue puesto en relaciones con Mr. de Capelle.

Cuando iba yo á casa de Monsieur, lo cual era raro, su servidumbre me hablaba con palabras encubiertas y muchos suspiros, de un hombre que (preciso era convenir en ello) se conducía á las mil maravillas, estorbaba todas las operaciones del emperador, defendía el barrio de Saint-Germain, etc. etc. El fiel mariscal Soult era también el objeto de las predilecciones de Monsieur, y, despues de Fouché, el hombre mas leal de Francia.



CHATEAUBRIAND INTERROGA AL CORREO DEL DUQUE DE BERRI.

Un día para un coche á la puerta de mi posada, y veo apearse de él á la baronesa de Vitrolles, que llevaba encargada de los pederes del duque de Otranto. Llevóse un billete escrito de mano de Monsieur, por el cual declaraba el príncipe conservar un agradecimiento eterno á aquel que salvase á Mr. de Vitrolles. Fouché no quería mas, pues armado de este billete, estaba seguro de su porvenir en caso de restauración. Desde este momento solo se trató en Gante de las inmensas obligaciones que se debían al excelente monsieur Fouché de Nantes y de la imposibilidad de volver á Francia sino por la mediación de este justo: la dificultad estaba en que gustase al rey el nuevo redentor de la monarquía.

Despues de los Cien-Días, Mad. de Custine me

obligó á comer en su casa con Fouché, á quien había visto cinco años antes con motivo de la condenación de mi pobre primo Armand. El antiguo ministro sabía que yo me había opuesto á su nombramiento, y como me suponía poderoso, quería hacer las paces conmigo. Lo mejor que en si tenía era la muerte de Luis XVI: el regicidio era su inocencia. Superficial, como todos los revolucionarios, llenando el aire de frases vacías, arrojaba un torrente de lugares comunes llenos de destino, de necesidad, de derecho de las cosas, mezclando á este sin sentido filosófico otros muy curiosos sobre el progreso y la marcha de la sociedad, máximas impudentes en provecho del fuerte contra el débil. En todo lo que dijo no se le escapó una idea escogida, una apreciación

notable, y salí eucogiéndome de hombros ante el crimen.

Jamás me ha perdonado Mr. Fouché mi sequedad y el poco efecto que produjo en mí. Había pensado fascinarme, haciendo subir y bajar á mis ojos, como una gloria del Sinaí, la cuchilla del instrumento fatal, y habiase imaginado que yo reputaría por un coloso al energúmeno que, hablando del suelo de Lyon, había dicho: «Este suelo será trastornado, y sobre los restos de esta ciudad soberbia y rebelada se alzarán cabañas esparcidas, que se apresurarán á venir á habitar los amigos de la igualdad.

«Nosotros tendremos el valor energético de atravesar las inmensas tumbas de los conspiradores... Es preciso que sus cadáveres ensangrentados, precipitados en el Ródano, presenten en las dos márgenes y en la embocadura la impresión del espanto y la imagen de la omnipotencia del pueblo... Nosotros celebraremos la victoria de Tolon, y enviaremos esta noche doscientos cincuenta rebeldes bajo los hierros del rayo.»

Estas horribles bravatas no me imponían; porque Mr. de Nantes hubiese diluido los crímenes republicanos en el fango imperialista; porque el descamisado, metamorfoseado en duque, hubiese envuelto la cuerda de la linterna en el cordón de la Legión de Honor, no por eso me parecía, ni mas hábil, ni mas grande. Los jacobinos detestan á los hombres que no hacen ningún caso de sus atrocidades, y que desprecian sus asesinatos: su orgullo se irrita como el de los autores cuyo talento se disputa.

NEGOCIACIONES DE MR. DE SAINT-LEON, ENVIADO DE FOUCHÉ.—PROPOSICION RELATIVA AL DUQUE DE ORLEANS.—MR. DE TALLEYRAND.—DESCONTO EN ALEJANDRO CONTRA LUIS XVIII.—DIVERSOS PRETENDIENTES.—DICTÁMEN DE LA BESNARDIERE.—PROPOSICION INESPERADA DE ALEJANDRO AL CONGRESO.—LORD CLANCARTHY.—DESPACHO DE MR. DE TALLEYRAND Á LUIS XVIII.—DECLARACION DE LA ALIANZA TRUNCADA EN EL DIARIO OFICIAL DE FRANCFORT.—DIVERSOS VIAJES DEL PRÍNCIPE DE BENEVENTO Á VIENA.—ME ESCRIBE Á GANTE.—SU CARTA.

Al mismo tiempo que Fouché enviaba á Gante á Mr. Gaillard para negociar con el hermano de Luis XVI, sus agentes en Basilea conferenciaban con los del príncipe de Metternich con respecto á Napoleón II, y Mr. de Saint-Leon, despachado por este mismo Fouché, llegaba á Viena para tratar de la corona posible del señor duque de Orleans. Los amigos del duque de Otranto no podían ya contar mas con él que sus enemigos, pues, á la vuelta de los príncipes legítimos, mantuvo en la lista de desterrados á su antiguo colega Mr. Thibandau; mientras que Mr. de Talleyrand borraba ó añadía al catálogo tal ó cual proscrito, según su capricho.

Mr. de Saint-Leon llevaba tres billetes á Viena, uno de los cuales iba dirigido á Mr. de Talleyrand. El duque de Otranto proponía al embajador de Luis XVIII que si veía ocasión, tratase del trono para el hijo de Egalité. ¿Qué probidad en estas negociaciones! ¿Qué dicha la de tratar con gentes tan honradas!

El señor duque de Orleans no conspiraba de hecho; pero si de consentimiento, pues dejaba intrigar las afinidades revolucionarias: ¡dulce sociedad!

El plenipotenciario del rey de Francia prestaba oídos á las proposiciones de Fouché. A propósito del arresto de Mr. de Talleyrand en la barrera de Enfer, dije cuál había sido hasta entonces su idea fija sobre la regencia de María Luisa: luego tuvo que avenirse á la eventualidad de los Borbones; pero siempre es-

taba inquieto, pues le parecía que, bajo los herederos de San Luis, un obispo casado jamás estaría seguro de su plaza. La idea de sustituir la rama segunda á la primogénita le agradó mucho, y tanto mas, cuanto que había tenido antiguas relaciones con el Palais-Royal.

Tomando un partido, pero sin descubrirse enteramente, aventuró á Alejandro algunas palabras del proyecto de Fouché. El Czar había dejado de interesarse por Luis XVIII, pues este le había herido en París con su afectación de superioridad de raza, y también desechando el matrimonio del duque de Berry con una hermana del emperador. Se desechaba la princesa por tres razones: porque era cismática, no tenía un antiguo origen y era de una familia de locos; razones que, aun cuando no se presentaban descubiertamente, ofendían á Alejandro. Por último motivo de queja contra el viejo soberano del destierro, el Czar acusaba la alianza proyectada entre la Inglaterra, la Francia y el Austria. Por lo demás, todo el mundo pretendía heredar de los hijos de Luis XIV: Benjamin Constant, en nombre de Mad. Murat, defendía los derechos que la hermana de Napoleón creía tener al reino de Nápoles, y Bernadotte echaba una mirada lejána sobre Versalles, aparentemente porque el rey de Suecia venía de Pau.

La Besnardiere, jefe de seccion en el ministerio de relaciones exteriores, bosquejó un cuadro de los agravios y contradicciones de la Francia, con respecto á la legitimidad, y Mr. de Talleyrand encontró medio de comunicar este escrito á Alejandro: descontento y móvil, chocó al autócrata el folleto de La Besnardiere, y de repente, en pleno congreso y con estupor de todos, el Czar preguntó si no sería materia de deliberación el examinar en qué podría convenir el duque de Orleans como rey á la Francia y á la Europa. Tal vez es esta una de las cosas mas sorprendentes de estos tiempos extraordinarios, y tal vez es mas extraordinario aun que tan poco se haya hablado de ella. Lord Clancarthy hizo fracasar la proposición rusa; su señoría declaró no tener poderes para tratar de una cuestión tan grave: «En cuanto á mí, dijo opinando como simple particular, pienso que poner al señor duque de Orleans en el trono de Francia sería reemplazar una usurpación militar por una usurpación de familia, mas peligrosa á los monarcas que todas las demás usurpaciones.» Los miembros del congreso se fueron á comer, y señalaron con el cetro de San Luis la página á que habían llegado en sus protocolos.

Con estos obstáculos que encontró el Czar, dió media vuelta Mr. de Talleyrand, y previendo que resonaría el golpe, dió cuenta á Luis XVIII (en un despacho que yo he visto y que llevaba el número 25 ó 27) de la extraña sesión del congreso: creíase obligado á informar á S. M. de un hecho tan exorbitante, porque esa noticia no tardaría en llegar á oídos del rey: ¡singular candidez para el príncipe de Talleyrand!

Habiase tratado de una declaración de la alianza, á fin de advertir al mundo que no se pretendía imponer á la Francia ni una forma obligada de gobierno, ni un soberano que no fuese de su elección. Esta última parte de la declaración fue suprimida, pero fue positivamente anunciada en el diario oficial de Francfort. La Inglaterra, en sus negociaciones con los gabinetes, se vale siempre de este lenguaje liberal que no es mas que una precaución contra la tribuna parlamentaria.

Bien se ve que en la segunda restauración, lo mismo que en la primera, los aliados no se cuidaban del restablecimiento de la legitimidad: el azar lo ha hecho todo. ¿Qué importaba á soberanos cuya vista era tan corta, que fuese degollada la madre de las monarquías de Europa? ¿Les impediría esto dar fiesta

y tener guardias? ¡Hoy día están tan sólidamente sentados los monarcas con el globo en una mano y la espada en la otra!

Mr. de Talleyrand, cuyos intereses estaban entonces en Viena, temía que los ingleses comprometiesen el ataque antes de que todos los ejércitos estuviesen en línea, y que el gabinete de Saint-James adquiriese así la preponderancia. Por eso quería que el rey entrase por las provincias del Sudeste, á fin de que se encontrase bajo la tutela de las tropas del imperio y del gabinete austriaco. El duque de Wellington había dado orden de no comenzar las hostilidades: Napoleon fue quien quiso la batalla de Waterloo, pues no se detienen los destinos de semejante naturaleza.

Estos hechos históricos, los mas curiosos del mundo, han sido generalmente ignorados, y de la misma manera se ha formado una opinión confusa de los tratados de Viena relativamente á la Francia. Se les ha creído la obra ínicua de una tropa de soberanos victoriosos encarnizados en nuestra pérdida, pero desgraciadamente fueron envenenados por una mano francesa: cuando Mr. de Talleyrand no conspira, trafica.

La Prusia quería tener la Sajonia, y la Francia debía favorecer este deseo, porque obteniendo la Sajonia una indemnización en los círculos del Rhin, nos quedaba Landau, Coblenza y otras fortalezas formarían un pequeño Estado amigo, que, colocado entre nosotros y la Prusia, impedía los puntos de contacto: así no se entregaban las llaves de la Francia á la sombra de Federico. Pero por tres millones que costó á la Sajonia, Mr. de Talleyrand se opuso á las combinaciones del gabinete de Berlín, y para obtener el asentimiento de Alejandro á la existencia de la antigua Sajonia, tuvo que abandonar al Czar la Polonia. Los soberanos de Nápoles se rescataron á precio de dinero, y Mr. de Talleyrand pretendía tener derecho á una subvención en cambio de su ducado de Benevento: al dejar á su amo vendía su librea. Benevento, por su parte, en virtud del restablecimiento de los antiguos tratados, dependía otra vez de los Estados de la Iglesia.

Tales eran las transacciones diplomáticas que tenían lugar en Viena, mientras que nosotros permanecíamos en Gante, donde recibí esta carta de Mr. de Talleyrand:

Viena 4 de mayo.

«Con mucho placer he sabido, caballero, que estábais en Gante, porque las circunstancias exigen que el rey esté rodeado de hombres fuertes é independientes.

«Seguramente habreis pensado que sería inútil refutar por publicaciones fuertemente razonadas toda la nueva doctrina que se quiere establecer en los documentos oficiales que aparecen en Francia.

«Habría utilidad en que apareciera cualquiera cosa, cuyo objeto fuese demostrar que la declaración de 24 de marzo, hecha en París por los aliados, la destitución, la abdicación y el tratado de 11 de abril, son otras tantas condiciones preliminares y absolutas del tratado de 30 de mayo: sentado esto, el que viole las dichas condiciones, ó secunde la violación, rompe la paz que ese tratado ha establecido. Ellos y sus cómplices son, pues, los que declaran la guerra á la Europa.

«Tanto para lo interior como para lo exterior, sería un bien una discusión en este sentido; pero como es preciso que sea bien hecha, encargaos vos de ella.

«Recibid, caballero, el homenaje de mi sincera y alta consideración.

»TALLEYRAND.

«Espero tener el honor de veros á fin de mes.»

Esta carta demuestra todo lo que Mr. de Talleyrand era capaz de hacer cuando escribía solo: yo quedé muy reconocido por las instrucciones y por mi despacho de *hombre fuerte*, pero no las seguí: embajador *in petto*, no me mezclaba en este momento en los negocios exteriores, y solo me ocupaba de mi *ministerio interino de lo Interior*.

¿Pero qué pasaba en París?

LOS CIEN-DÍAS EN PARÍS.—EFECTO DE LA LEGITIMIDAD EN FRANCIA.—SORPRESA DE BONAPARTE.—SE VE OBLIGADO Á CAPITULAR CON LAS IDEAS QUE HABÍA CREIDO SOFOCADAS.—SU NUEVO SISTEMA.—QUIMERAS DE LOS LIBERALES.—CLUBS Y FEDERADOS.—BATERÍAS DE LA REPÚBLICA.—EL ACTA DE ABDICACION.—CÁMARA DE LOS REPRESENTANTES CONVOCADA.—INÚTIL CAMPO DE MAYO.

Voy haciéndoos ver el reverso de los sucesos que la historia no presenta, pues la historia solo manifiesta el derecho. Las *Memorias* tienen la ventaja de presentar una y otra parte del tejido, y bajo este aspecto pintan mejor la humanidad completa, exponiendo, como las tragedias de Shakspeare, las escenas altas y bajas. En todas partes hay una cabaña cerca de un palacio, un hombre que llora cerca de un hombre que ríe, y un trabajador que lleva su carga cerca de un rey que pierde su trono. ¿Qué importaba al esclavo presente en la batalla de Arbelas la caída de Darío?

Gante no era mas que un vestuario colocado detrás de los bastidores del espectáculo abierto en París. Aun quedaban en Europa personajes famosos. En 1800 había yo comenzado mi carrera con Alejandro y Napoleon. ¿Por qué no seguí á estos grandes actores, mis contemporáneos, sobre el gran teatro? ¿Por qué estar solo en Gante? Porque el cielo os arroja donde quiere. De *pequeños Cien-Días* en Gante, pasamos á *grandes Cien-Días* en París.

Ya os he dicho las razones que debieron detener á Bonaparte en la isla de Elba, y las razones apremiantes, ó mas bien la necesidad sacada de su misma naturaleza que le obligaba á salir de su destierro. Pero la marcha de Cannes á París agotó todo lo que quedaba del antiguo hombre. En París se rompió el talisman.

Los pocos instantes en que había aparecido de nuevo la legalidad había bastado para hacer imposible el restablecimiento de lo arbitrario. El despotismo enfrena las masas y da la libertad á los individuos en cierto límite; la anarquía desencadena las masas y esclaviza las independencias individuales. Por eso el despotismo se parece á la libertad cuando sucede á la anarquía, y permanece lo que realmente es cuando reemplaza á la libertad: libertador despues de la constitución dictatorial, Bonaparte era opresor despues de la Carta, y tanto lo sentía así, que se creyó obligado á ir mas lejos que Luis XVIII, y volver á las fuentes de la soberanía nacional. El, que había hollado al pueblo como amo, se vió reducido á hacerse tribuno del pueblo, á cortejar el favor de los barrios, á parodiar la infancia revolucionaria, y á usar un lenguaje viejo de libertad que hacía gesticular sus labios, y cuyas sílabas ponían en cólera á su espada.

Su destino, como su poder, estaba en efecto tan consumado, que ya no se reconoció el genio de Napoleon durante los Cien-Días. Este genio era el de los triunfos y del orden, no el de la derrota y de la libertad, y nada podía él sin la victoria, que le había vuelto la espalda, y sin el orden, que ya existía sin él. Lleno de sorpresa, decía: —«¿Cómo me han arreglado la Francia los Borbones en algunos meses! Años necesitaré para rehacerla.» No era la obra de la *legitimidad*.